

tado contra Olózaga es admirable: si el discurso contra la candidatura del Duque de Saboya es magnífico, el pronunciado contra Montpensier es terrible: si en la oración contra la política general del Ministerio del conde de Reus estuvo á una altura indescriptible, en la de la abolición inmediata de la esclavitud llegó al ideal de lo sublime. Hablando de las quintas, supo ser soldado, él, que es tan lego en materias militares; hablando del presupuesto del clero, supo ser hacendista, él, que tan poco propósito es para los números y para las cábalas rentísticas: incapacitó moralmente á los Borbones, con su discurso de 24 de enero de 1870, para ejercer la dignidad de jefes del Estado; y los derechos individuales, ora por dárseles estrecha y mezquina interpretación, ora por querer suspenderse las garantías constitucionales, tuvieron en él un ardiente y enérgico tribuno.

Quisiera dar á mis lectores una idea de tres ó cuatro de los mas importantes y grandilocuentes de estos discursos, pero me hallo en gran aprieto. Figuraos que una mañana, el sultán de Turquía, el de Marruecos ó el que vosotros queráis, se levanta de mal humor, dirige una mirada despreciativa á las mujeres de su harem, envía á buscar á uno de esos favoritos del momento que hay en esta clase de córtes, y le dice; «Me hace falta una mujer hermosa.» El valido se echa por esos mundos de Dios á buscar, no una mujer hermosa, sino hermosísima, como conviene á un sultán; y como entra en lo posible que la mujer que á él se lo parezca, no se lo parezca al sultán, se dice, «le llevaré media docena, así podrá elegir.» Busca una circasiana, de esas que di-

cen que son mas hermosas que los ángeles; una árabe, de esas cuyas miradas quemán como las ráfagas del desierto: una italiana, de esas de rostro escultórico, que parecen estatuas antiguas resucitadas al calor de los besos de un artista: una alemana, de esas que parecen la vírgen de una leyenda ó una wiliis sorprendida en sus danzas y lanzada al mundo de los mortales: una francesa, de esas de contornos lujuriosos, bacante de todos los deleites y sacerdotisa de todas las formas del amor, y una gaditana, de esas que tienen el cielo en los ojos, nidos de gracias en su talle, megillas como la corola de la rosa, labios como la flor del granado y alma tormentosa como el simoun del Sahara. Váse con ellas á su tierra y se las presenta al sultán. Este se queda petrificado. ¿Cuál elegirá? ¿cual desechará? Vaya, por fin, se decide: se dirige al favorito y le dice; «Oye, lo mejor me parece quedarme con todas.»

Lo mismo haría yo con los discursos de Castelar. Pero el editor me ha dicho, como Dios á las aguas; «De ahí no pasareis» y tengo por lo tanto que circunscribirme á los estrechos límites de este libro.

XLIII.

¿Os acordais de los dias en que se habló en las famosas Constituyentes del año 69, de la libertad religiosa? Olózaga, aquel viejo dios, ya sin culto, del antiguo partido progresista, estaba solo por la tolerancia, lo mismo que los dispersos restos que habia en aquella Asamblea de la antigua

Union liberal. En aquella Cámara habia tres sacerdotes mas ó menos ilustres; el Cardenal de Santiago, el obispo de Jaen y el canónigo Manterola. Por su mala ventura, este último, cuando discutíase sobre la libertad religiosa, levantóse á impugnarla. ¿Qué dijo? Lo que puede decir un absolutista. Poco menos que no se pudiera ser español si no se era católico, y que si no se era católico no se pudiera aspirar á ninguna de las altas magistraturas del país. Aludió á Castelar, y Castelar se levantó á rectificar. ¡Qué discurso tan maravilloso pronunció! ¡Qué entusiasmo produjo! ¡Qué ovacion tan inmensa le procuró! Decía el gran orador:

«Pero, señores, digo mas: hago una concesion mayor todavía á los señores que se sientan en aquel banco (*señalando á los prelados*): les hago una concesion que no me duele hacerles, que debo hacerles, porque es verdad. A medida que crece la libertad, se aflojan los lazos materiales; á medida que los lazos materiales se aflojan, se aprietan los lazos morales. Así es necesario: para que una sociedad libre pueda vivir, es indispensable que tenga grandes lazos de idea, que reconozca deberes, deberes impuestos, no por la autoridad civil, no por los ejércitos, sino por su propia razon, por su propia conciencia. Por eso, señores, yo no he visto, cuando he ido á los pueblos esclavos, no he visto nunca observada la fiesta del domingo: yo no la he visto observada en España, yo no la he visto observada jamás en Paris.

«El domingo en los pueblos esclavos es una saturnal. En cambio, yo he visto el domingo celebrado con una severidad extraordinaria, con una

severidad de costumbres que asombra, en los dos únicos pueblos libres que he visitado en mi larga peregrinacion por Europa: en Suiza y en Inglaterra. ¿Y de qué depende esto? Yo sé de lo que depende: depende de que allí hay lazos de costumbres y de inteligencia que no existen donde la religion se impone por la fuerza á la voluntad, á la conciencia, por medio de leyes artificiales y mecánicas. Así me decia un príncipe ruso en Ginebra que habia mas libertad en San Petersburgo que en Nueva-York; y preguntándole yo por qué, me contestaba: «Por una razon muy sencilla, porque yo soy muy aficionado á la música, y en San Petersburgo puedo tocar el violin en domingo, mientras que no puedo tocarlo en Nueva-York» Hé aquí como la separacion de la Iglesia y el Estado, como la libertad de cultos, como la libertad religiosa engendra este gran principio, la aceptacion voluntaria de la religion ó de la metafísica, ó de la moral que es como la sal de la vida, que conserva sana la conciencia.»

«Y sin embargo, decia el orador de la democracia, en la conciencia humana ha concluido para siempre el dogma de la proteccion de las iglesias por el Estado. El Estado no tiene religion ni la puede tener, ni la debe tener. El Estado no confiesa, el Estado no comulga, el Estado no se muere. Yo quisiera que el señor Manterola tubiese la bondad de decirme en qué sitio del valle de Josafat va á estar el dia del juicio el alma del Estado que se llama España.»

Una inmensa salva de aplausos acogió estas palabras. El orador continuó despues:

«Suponia un gran poeta aleman hallarse allá en el polo. Era una de esas inmensas noches polares en que las auroras de color de rosa se reflejan sobre el hielo. El espectáculo era magnífico, era indescriptible. Hallábase á su lado un misionero, y como una ballena se moviese, le decia el misionero al poeta: «Mirad, ante este grande y extraordinario espectáculo hasta la ballena se conmueve y alaba á Dios.» Un poco mas léjos hallábase un naturalista, y el aleman le dijo: «Vosotros los naturalistas soleis suprimir la accion divina en vuestra ciencia; pues hé aquí que este misionero me ha dicho que cuando ese gran espectáculo se ofreció á nuestra vista, hasta la ballena se movía y alababa á Dios.» El naturalista contestó al poeta aleman: «No es eso; es que hay ciertas ratas azules que se meten en el cuerpo de la ballena, y al fijarse en ciertos puntos del sistema nervioso, la molestan y la obligan á que se conmueva, porque ese animal tan grande, y que tiene tantas arrobas de aceite, no tiene, sin embargo, ni un átomo de sentimiento religioso.» Pues bien: exactamente lo mismo puede decirse del Estado. Ese animal tan grande no tiene ni siquiera un átomo de sentimiento religioso.»

Una carcajada general resonó en todos los ángulos de la Cámara. Efectivamente, el alma del Estado nadie ha podido encontrarla y de consiguiente nadie ha podido inspirarla ninguna clase de sentimientos religiosos. Insistiendo en que la Iglesia y el Estado deben vivir independientes, añadió:

«Pues bien, señores diputados, Barnave, que

comprendia mejor que otros de los suyos la revolucion francesa, decia: «Pido en nombre de la libertad, pido en nombre de la conciencia, que se revoque el edicto de los reyes que arrojaba á los jesuitas.» La Cámara no quiso acceder, y aquella hubiera sido medida mucho mas prudente, mas sábia, mas progresiva, que la medida de exigir al clero el juramento civil, lo cual trajo tantas complicaciones y tantas desgracias sobre la revolucion francesa. En nombre del principio que el señor Manterola ha sostenido esta tarde de que el Estado puede y debe imponer una religion, Enrique VIII pudo un dia cambiar la religion católica por la protestante; como Teodorico por una especie de golpe de Estado semejante al de 18 de Brumario, pudo cambiar en el Senado romano la religion pagana por la religion católica; como la Convencion francesa tuvo la debilidad de aceptar por un momento el culto de la diosa Razon; como Robespierre proclamó el dogma del Sér Supremo, diciendo que todos debian creer en Dios para ser ciudadanos franceses, lo cual era una reaccion inmensa, reaccion tan grande como la que realizó Napoleon I, cuando despues de haber dudado si restauraria el catolicismo, se decidió por restaurarle solamente porque era una religion autoritaria, solamente porque hacia esclavos á los hombres, solamente porque hacia del antiguo Papa y del nuevo Cárlo-Magno una especie de dioses.

«Por consecuencia, el señor Manterola no tenia razon, absolutamente ninguna, al exigir en el catolicismo, en nombre del cristianismo, en nombre de una idea moral, en nombre de una idea religiosa, fuerza coercitiva, apoyo coercitivo al

Estado. Esto sería un gran retroceso, porque, señores, ó creemos en la religion porque así nos lo dicta nuestra conciencia, ó no creemos en la religion porque tambien la conciencia nos lo dicta así. Si creemos en la religion porque nos lo dicta nuestra conciencia, es inútil, completamente inútil la proteccion del Estado; si no creemos en la religion porque nuestra conciencia nos lo dicta, en vano es que el Estado nos imponga la creencia; no llegará hasta el fondo de nuestro ser, no llegará al fondo de nuestro espíritu: y como la religion, despues de todo, no es tanto una relacion social como una relacion del hombre con Dios, podreis engañar con la religion impuesta por el Estado á los demás hombres, pero no engañareis jamás á Dios, á Dios que escudriña con su mirada el abismo de la conciencia. *(Grandes aplausos.)*»

Habia dicho Manterola que el catolicismo aumentaba en Inglaterra y en los Estados- Unidos. Castelar le probó que lo único que en Inglaterra sucedia era que se reconocia el derecho del pobre irlandés á no pagar de su bolsillo una religion que detestaba; y que en los Estados- Unidos de 34 ó 35 millones de habitantes, 31 son protestantes y 4 escasamente católicos, y eso porque aquella nacion ha anexionado la Luisiana, Nueva-Tejas, la California y algunos territorios cuyos habitantes descien den de católicos.

Manterola se atrevió á decir ¡Santo Dios! que en qué tiempos la Iglesia católica habia tratado mal á los judíos. Si hubiera dicho que en qué tiempos los habia tratado bien, hubiera estado mas en lo cierto.

Hé aquí la contestacion del orador del partido republicano:

«La intolerancia religiosa comenzó en el siglo XIV, continuó en el siglo XV. Por el predominio que quisieron tomar los reyes sobre la Iglesia, se inauguró, digo, una gran persecucion contra los judíos; y cuando esta persecucion se inauguró, fué cuando San Vicente Ferrer predicó contra los judíos, atribuyéndolos una fábula que nos ha citado el Sr. Manterola y que ya el P. Feijóo refutó hace mucho tiempo: la dichosa fábula del niño, que se atribuye á todas las religiones perseguidas, segun lo atestigüa Tácito y los antiguos historiadores paganos. Se dijo que un niño habia sido asesinado y que habia sido bebida su sangre, atribuyéndose este hecho á los judíos, y entonces fué cuando, despues de haber oido á San Vicente Ferrer, degollaron los fanáticos á muchos judíos de Toledo, que habian hecho de la judería de la gran ciudad el bazar mas hermoso de toda la Europa occidental. Y para esto no ha tenido una sola palabra de condenacion, sino antes bien de excusa, el Sr. Manterola, en nombre de Aquel que habia dicho: «Perdónalos, porque no saben lo que se hacen.»

«Lo detestaba, ha dicho el Sr. Manterola, y lo detesto; pues entonces debe S. S. detestar toda la historia de la intolerancia religiosa, en que, siquier sea duro decirlo, tanta parte, tan principal parte le cabe á la iglesia. Porque sabe muy bien el Sr. Manterola, y esta tarde lo he indicado, que la Iglesia se defendia de esta gran mancha de sangre, que debia olerle tan mal como le olia

aquella célebre olla de sangre á lady Macbeth, diciendo: «Nosotros no matábamos al reo; lo entregábamos al brazo civil.» Pues es lo mismo que si el asesino dijera. «Yo no he matado, quien ha matado es el puñal.» ¡La Inquisicion, señores, la Inquisicion era el puñal de la Iglesia.»

«Me preguntaba el señor Manterola si yo habia estado en Roma. Sí, he estado en Roma, he visto sus ruinas, he contemplado sus trescientas cúpulas, he asistido á las ceremonias de la Semana Santa, he mirado las grandes sibilas de Miguel Ángel, que parecen repetir, no ya bendiciones, sino eternas maldiciones sobre aquella ciudad; he visto la puesta del sol tras la basilica de San Pedro, me he arrobado en el éxtasis que inspiran las artes con su eterna irradiacion, he querido encontrar en aquellas cenizas un átomo de fé religiosa, y solo he encontrado el desengaño y la duda.»

¿Sabeis como concluyó el discurso? De esta manera tan admirable;

«Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede; el rayo le acompaña; la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios mas grande, mas grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y sin embargo, diciendo: «Padre mio, perdónalos, perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores, porque no saben lo que se hacen!» Grande es la religion del poder, pero es

mas grande la religion del amor; grande es la religion de la justicia implacable, pero es mas grande la religion del perdon misericordioso; y yo, en nombre de esta religion: yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí á pedirós que escribais al frente de vuestro código fundamental la libertad religiosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad entre todos los hombres.»

Casi todos los diputados, incluso los ministros, se levantaron de sus asientos para ir á felicitar, á estrechar la mano, á abrazar al ilustre tribuno. En la historia del Parlamento español no se registra una victoria mas completa, y lo que sucedió en el Parlamento, sucedió al otro dia en la prensa, y al siguiente en España, y al otro en Europa. *El Imparcial* prorumpió en un himno de elogios. *El Universal* dijo: «que el triunfo alcanzado por el orador republicano no tenia ejemplo en la historia del Parlamento español y que dudaba pudiera tenerle en lo futuro.» *La Igualdad* escribió: «¡Qué memoria tan prodigiosa! ¡qué talento tan profundo! ¡Qué juicios tan exactos! ¡qué ideas tan puras! Qué sentimientos tan elevados! ¡qué oratoria tan sublime! ¡Qué figuras tan delicadas! ¡Qué bellas descripciones! ¡qué instruccion! ¡qué elocuencia! ¡qué filosofía!... ¡Ah! ¿Por qué, por qué no habia de ser hoy votada la libertad é igualdad de todos los cultos?...» *El Pensamiento Español* mismo, si bien detestando los que él llamaba los errores del orador, afirmó que no podia menos de confesarse que era el *rey de la palabra*. El Congreso determinó que se hiciera una edicion especial del discurso del tribuno republicano. Manterola quedó

aniquilado para siempre, como días antes lo había quedado el orador invencible, el Aquiles de la elocuencia, el famoso D. Salustiano, unicultista por aquellos días: cobarde en las ideas como fué egoísta toda su vida en los hechos. Por espacio de muchos días los periódicos republicanos recibieron á cientos los telégramas de corporaciones, comunes y particulares felicitando á Castelar. Muchos republicanos quisieron darle una prueba de admiración y afecto; y el comité central y el nacional tomaron á su cargo este asunto. Fué un triunfo, en fin, como no volverá á contarse otro.

El 5 de mayo pronunció su gran discurso sobre la libertad religiosa y la separación de la Iglesia y del Estado. Estractamos de él algunos párrafos, mas elocuentes que cuanto pudieramos decir nosotros en elogio de tan magnífica peroración.

Decía Castelar.

«Yo no quiero hacer grandes elucubraciones filosóficas para definir lo que es el bien; ni lo que es la conformidad entre el objeto y el sujeto de la vida. Yo os daré la sencilla definición de la doctrina cristiana que aprendí de los labios de mi madre. El bien es que cada ser cumpla en la escala de la creación con el destino para que ha sido creado. Este es el bien, señores diputados; pero si el bien es el fin de la vida, ¿cuál es el medio? ¿Qué medio teneis? ¿Qué medio hay? ¿Cuál es el medio moral? No hay otro, no tenemos otro, ni conocemos otro mas que la libertad.

«Quitadla del arte, y el arte se convierte en

mas instintivo y menos bello que el cántico del ave; quitadla del trabajo, y el trabajo se convierte en el movimiento ciego de la máquina; quitadla de los afectos, y los afectos, esos grandes desórdenes morales, se convierten en algo menos que el ayuntamiento de las fieras; quitadla de la política, y los pueblos caen en esa triste indiferencia, en esa eterna soñolencia de los pueblos orientales; quitadla de la moral, y no hay acciones imputables; quitadla de la religión, y convertís ese código sublime para la vida y para la muerte en una ordenanza de policía, y haceis agente de órden público á Dios, que ha dado la ley de atracción á los mundos para que cumplan su eterna armonía, y la luz de la libertad á las almas para que cumplan otra armonía todavía mas sublime, la armonía de la justicia. (*Aplausos.*)

«Poned tres ejemplos: una excomunión en el siglo XI, una excomunión en el siglo XIII y una excomunión en el siglo XIX. Es una excomunión en el siglo XI: el mundo acaba de salir de los terrores del siglo X, del funesto espanto que ejercía el recuerdo de que iba á venir el juicio final y se acercaba á las cruzadas. Pues entonces el papa lanza una excomunión contra un emperador de Alemania, y este emperador no tendrá reposo, no encontrará abrigo, no podrá entrar en una cabaña, le perseguirán hasta los perros, é irá de rodillas en pés del papa al castillo de Canosa, donde caerá sobre él la escarcha de los cielos y las maldiciones de Dios. Pero dais esta misma excomunión en el siglo XIII, se la dais á Pedro III de Aragon por haberse apoderado de un semi-feudo de la Iglesia, y entonces vereis que el papa

lanza el mismo anatema; pero como el espíritu humano ha crecido, como la razón aumenta, como la herejía de Abelardo ha encontrado eco, y ha llegado á las estrellas, Pedro III se burlará de las excomuniones del papa, y como nos decía perfectamente el Sr. Balaguer la otra tarde en este sitio, logrará que los santos hagan milagros contra los soldados pontificios.

«Viene el siglo XIX y el papa excomulga á Víctor Manuel. Quiero decir lo que un periódico italiano decía con este motivo. El pueblo cree en Roma que el papa, y todos los que han estado en Roma saben esto, el pueblo cree en Roma que el papa es *jetatore*, y no se acerca á la basílica de San Pedro un campesino sin llevar los cuernos que conjuran las maldiciones. Pues bien: un periódico italiano decía: «El papa bendijo á Carlos Alberto y sucumbió en Novara; el papa bendijo al rey de Nápoles y fué destronado; el papa bendijo el ferrocarril primero que se hizo en Roma y en la primera carrera descarriló; el papa fué á bendecir un convento de monjas y el convento se hundió sobre todos los que estaban en él,» y concluía diciendo: «*Per Dio, Sancto Padre, non benedica l' Italia.*» (Risas.)

«Por consecuencia, señores Diputados, lo que necesita la religión es mejorar, lo que deben hacer los señores sacerdotes es inspirar los grandes sentimientos, las grandes ideas, y esto lo sabe muy bien el Sr. Manterola, y lo saben muy bien todos los sacerdotes que se sientan en esta Cámara. ¿Os atreveríais á pedir hoy castigo porque la iglesia se viera desamparada de los fieles el domingo. ¿Os atreveríais á pedirle hoy al brazo secular auxilio para que condujera á los fieles á

comulgar por Pascua florida? Pues yo le anuncio al Sr. Manterola, siento anunciarlo, que la mitad, mas de la mitad, casi la totalidad de los que aquí se escandalizan de las palabras del Sr. Snyer, no han comulgado esta Pascua florida. (Risas.)

«Pues qué, ¿no sabe el señor Manterola que uno de los hombres que mas han hecho en el sentimiento humano por la restauración del catolicismo fué Chateaubriand? Pues Chateaubriand se encontró un día muy apurado con un malicioso volteriano que le preguntó: «Decidme, Mr. Chateaubriand, ¿con quién os confesais?» No sabia decirlo; no se confesaba nunca.

«¿Y pediríais al Estado su auxilio para conducir á la comunión á los diputados constituyentes? Pues bien, cuando no os atreveis á hacer esto, dejad caer de la mano medios coercitivos que para nada sirven. Yo concibo, yo comprendo que vosotros pidiérais el auxilio del Estado cuando la religión no fuese mas que un medio coercitivo, unido á otros medios coercitivos para sostener la sociedad; pero cuando creéis que la vida es un suspiro, que el pensamiento es un relámpago, que el hombre pasa un momento por la tierra y hace meramente de su hogar una tienda de campaña; cuando creéis que el género humano es como una sombra que se dibuja pálidamente en el espejo del espacio; cuando creéis que la muerte no es mas que un paso necesario para subir á otras esferas mas altas con el fin de adorar á Dios, dejad libres y abiertas para volar á Dios las dos alas de la conciencia humana: la libertad y la razón. (Aplausos).»

«El paganismo, señores diputados, no es esa mera coleccion de fábulas que se llama mitología y que aprenden los niños en la escuela. El paganismo es una religion con su dogma, con su moral, con sus principios, con sus grandes alternativas, con su gran teocracia, con su desarrollo muy semejante al desarrollo del catolicismo. Tambien él tuvo su edad sencilla y evangélica en los dioses primitivos al pasar del Oriente á Grecia. Tambien él tuvo su edad media, su edad teocrática en la grande aristocracia dórica, y en el culto de Apolo, que eclipsaba á todos los demás cultos. Tambien tuvo su luteranismo, su protesta, en la Iliada de Homero, que humanizó á los dioses. Tambien tuvo su cielo filosófico como nuestro cielo en los siglos xvii y xviii, cielo filosófico que comenzó en la escuela jónica y concluyó en la escuela académica y peripatética. Tambien tuvo su tendencia positivista en la escuela epicúrea que era una escuela de moral, y en la escuela estoica, que era una escuela para la vida y para la política. Tambien tuvo, en fin, el derecho romano que era el gran testamento del mundo antiguo.

«Pero cuando todos estos fines se cumplieron, el antiguo paganismo se moria, mas que por los discursos de los apologistas católicos, á los golpes de la crítica de los filósofos, á los golpes de las carcajadas de Luciano. Entonces echaron de ver los césares y los pontífices que con el paganismo moria tambien la antigua sociedad, y quisieron á toda costa salvarla exagerando los movimientos de la reaccion que habia en el seno del paganismo contra la filosofía; reaccion que comenzó como ha principiado aquí, desde el momento en que

hubo principiado la filosofía. Pero en vano se persiguió á Tales, porque al momento surge Pitágoras como por encanto del seno de la humanidad; en vano se impuso á Pitágoras un misterioso silencio, porque ese silencio se convirtió en la elocuencia de Genófanes. En vano se desterró á Genófanes porque vino Sócrates. En vano se dió á beber á Sócrates la cicuta, porque aparecieron al momento en el horizonte histórico Platon y Aristóteles, las dos fases del espíritu humano. Entonces, cuando el paganismo moria, se pensó en restaurarlo por la escuela neo-pagana, muy semejante á nuestra escuela neo-católica, y por un emperador apóstata, como hoy otro emperador apóstata, que no quiero nombrar, apóstata de la revolucion, el César de la plebe; que se cree un nuevo Cárlo-Magno, sostiene con sus bayonetas el Sumo Pontífice en el poder temporal maldecido de todos los pueblos.

«Juliano abria los templos de mármol, pero no pudo abrir los templos de la conciencia humana. Fué al gran templo de Dafne; el oráculo estaba mudo, la pitonisa fria, el ara sin víctimas, el altar sin fuego, la iglesia sin fieles. Entonces se retiró, cayó sobre su escudo, y dijo: «Venciste Galileo,» y al mismo tiempo que esto decia, se retiró el dios de la naturaleza con su cortejo de dioses, y salieron de las catacumbas, del polvo, de las cenizas, las sombras de los perseguidos, de los asesinados, de los mártires, con sus albas de lino y sus palmas verdes en la mano, repitiendo el canto de la victoria para demostrar la eterna impotencia del Estado y el eterno poder de la inspiracion y de la fé. (*Aplausos.*)

«La agitacion de las escuelas sofisticas produjo la filosofia de Sócrates, la eterna raiz de la filosofia moderna. La agitacion de Judea, de los fariseos, de los exenios, de los judíos alejandrinos y filónicos, produjo y engendró el gran movimiento de donde nació Jesucristo, la eterna ley de la conciencia religiosa en el mundo moderno. Pues qué, ¿habeis vosotros nunca alcanzado en vuestra iglesia la supresion entera del error? ¿La habeis conseguido?»

«¿No decia uno de vuestros mas grandes pensadores que conviene que haya herejes? ¿No nacieron los herejes al mismo tiempo que nacia Jesucristo, y se extendieron en los cinco grandes siglos del cristianismo con Tertuliano y Origenes? ¿No siguieron en la edad media con Marsilio de Pádua, con Abelardo? ¿No continuaron en el renacimiento con Giordano Bruno y otros pensadores? ¿No existieron en los siglos XVI y XVII con los jansenistas, con los galicanos y con los regalistas? ¿No existen aun hoy en estos mismos tiempos? ¿No teneis otra heregia, la heregia de la escuela liberal dentro del catolicismo, que representa el conde de Montalembert, la heregia de Fallous, la heregia de Huet, la heregia de Bordas de Moulin, la heregia de todos los grandes pensadores? De consiguiente, si vosotros no teneis, no podeis alcanzar dentro de vosotros mismos esa unidad, ¿por qué imponerla á los demás?»

«Además, señores Diputados, no os forjeis ilusiones, no os las forjeis de ninguna clase. No hablo de los tiempos antiguos, hablo de los tiempos modernos: la historia del mundo moderno, la historia de la civilizacion moderna es una historia

de lucha completa y eterna de la Iglesia con todos los poderes civiles. Luchó con Austria por las leyes josefinas; luchó con Toscana por las leyes leopoldinas; luchó con Napoleon I por la interpretacion del Concordato; luchó con Napoleon III por la revolucion de las Marcas y de la Umbria, y por los consejos de reformas políticas; luchó con la antigua Cerdeña por las leyes de Sicardi, que suprimian la jurisdiccion eclesiástica; luchó con la nueva Cerdeña por la política del conde de Cavour; luchó con Suiza, con aquellos Cantones católicos que estuvieron en la guerra de Sunderbum á punto de romper la confederacion por no separarse de la Iglesia; luchó con el Canton de Friburgo por cuestion de disciplina, por el pase; luchó con el Canton del Tesino, por el matrimonio civil; luchó con Bélgica, con esa hija criada á sus pechos, por la enseñanza dada en las Universidades, y especialmente por la que se daba en la universidad de Gante; luchó mas tarde con España que se habia arrojado al abismo tan solo para salvar el poder político y espiritual de los papas; luchó con España en sus dias de grandes angustias y de grandes dolores, en tiempos de la última guerra civil; luchó con el Nuevo Mundo, con aquel mundo que le dió Colon para indemnizarla de la pérdida de la unidad católica en Europa; luchó con nueva Granada por cuestion del presupuesto del clero; luchó con Méjico por la desamortizacion eclesiástica; luchó con la Confederacion Argentina por la libertad religiosa, y con vosotros que vais á establecer el registro civil, con vosotros que vais á establecer el matrimonio civil y la libertad religiosa, luchará y tendrá dinero arrancado de vuestras manos, para sos-

tener esta lucha tremenda, bajo las alas de vuestra Constitucion y dentro de vuestra misma autoridad.

«La razon humana protesta contra el emperador de Rusia cuando quiere ahogar el pensamiento de los polacos; protesta contra el rey de la Rumania cuando quiere expulsar á los judíos. Ahora viven juntos á orillas del Rhin el luterano y el católico; á orillas del lago Lemam los hijos de Calvino y los lansquenets que el duque de Saboya ponía á las puertas de la ciudad protestante, convertida hoy en un faro de la libertad religiosa. Los hugonotes y los católicos se sientan hoy á legislar en la orillas del mismo rio que ensangrentaron en sus grandes luchas. El celta y el sajón se confunden hoy en el mismo Parlamento.

«¡Cómo es posible que España sea una excepcion en el momento en que rompe la losa que le puso el siglo xv sobre la frente, la intolerancia religiosa, y sale España como Lázaro del sepulcro!

«Si vosotros pedis la libertad de la Iglesia, aun podeis tener esperanza de que contra el positivismo del mundo moderno nazca un gran espiritualismo, un gran espiritualismo promovido por la fé. No de otra suerte se planteó el cristianismo en la sociedad antigua contra el derecho romano positivista, contra una moral positivista, contra los césares y los pretores: contra todo aquel mundo positivista opuso el cristianismo la libertad de conciencia.

«Pues haced ahora lo mismo; quizás se renueven aquellos tiempos en que la pitonisa descendió de su trípode olvidando al dios Natura-

leza, y en la tribuna religiosa brillaran Gregorios, Naciancenos ó Crisóstomos, aquellos grandes modelos á cuya elocuente voz se deshacian los antiguos errores como la nieve al sol; aquellos tiempos en que las hordas del Norte venian sobre caballos negros como la noche, dejando tras sí una estela de destruccion como los ángeles exterminadores del Apocalipsis, y la mano del sacerdote, la mano de san Gregorio, la mano de san Leon, llovian sobre ellos el agua del bautismo, les hacian cristianos y bautizaban la cuna de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, la cuna del mundo moderno.

«Yo me adelanto y digo al Sr. Manterola: antes de irse de aquí, nos debe á todos una oracion á Dios. Si yo fuera sacerdote, si yo fuera como S. S. clérigo, si yo representase aquí con algun título al cristianismo, como en algunos momentos esta cámara, que por las cuestiones que trata se convierte en un templo, y por su ministerio en un sacerdocio, levantaria mis manos á Dios y le diria: bendice á estos legisladores que establecen la libertad religiosa, que es parte de tu amor; bendice á estos legisladores que reconcilian á todas las clases, á todas las gentes; bendice á estos legisladores porque delante de ellos no hay, como no hay delante de tu poder, judíos ni paganos, sino hombres; bendice á estos legisladores porque al realizar las grandes ideas se acercan á tí, realizando sobre la faz de la tierra los dos principios esenciales de tu ser, incomunicable y perfecto: tu amor y tu justicia. (*Grandes aplausos.*)»